

2009

Sexualidades en transición.Homografías post Pinochet

Fernando Blanco

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Blanco, Fernando (Primavera-Otoño 2009) "Sexualidades en transición.Homografías post Pinochet," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 69, Article 11.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss69/11>

This Creación: Narrativa is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

SEXUALIDADES EN TRANSICIÓN. HOMOGRAFÍAS POST PINOCHET

Fernando Blanco

En el año 2002, el escritor y activista Juan Pablo Sutherland publicó la segunda antología literaria homosexual en Chile¹. Con el nombre de *A Corazón Abierto. Geografía literaria de la Homosexualidad en Chile* y de la mano de uno de los más grandes grupos editoriales – Editorial Sudamericana–, el compilador selecciona 31 textos en los que las biografías de personas y las vidas de personajes se confunden. Los contenidos abordan sexualidades disidentes presentes en el canon y en el contra-canon nacional. Este intento, meritorio en su valor político, nos revela cómo la temática en cuestión aboveda un nicho de domesticación de la mano del mercado. El consumo de este texto se constituye en un sepulcro consagratorio para las sexualidades minoritarias. El capital en su dinámica de expansión y reproducción¹ las impregna² con el valor agregado homogeneizador de la tolerancia multiculturalista.

El hecho no pasaría de ser una anécdota comercial dentro del registro de circulación del libro, sino se considerara el radical y a la vez contradictorio escenario económico- social y cultural que presentan las temáticas de desarrollo humano en el país. En particular, aquellas temáticas relacionadas con el acceso al goce pleno de derechos sexuales y culturales de los ciudadanos. Ese es justamente el plan del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).³ De acuerdo a su informe de 1998 el modelo de modernización aplicado en el país logra altos niveles de satisfacción. Estos son aparentes en la matriz socio-económica siendo el mayor índice de éxito el aumento de la capacidad de endeudamiento de las personas. Sin embargo, el índice de satisfacción exhibe una progresiva pauperización de los niveles subjetivos de logro. Este dato se confirma con las graves deficiencias en las

percepciones ciudadanas de seguridad, empleo, distribución del ingreso y acceso a la salud. Todas ellas son ratificadas como insuficientes en el informe del PNUD de 2002.

Respecto a las sexualidades minoritarias, éstas aparecen en la agenda gubernamental de políticas públicas con posturas más bien de legalización, regulación y control, más que de acceso a pleno goce y reconocimiento de derechos. A pesar de lo anterior, consignemos que en diez años el estado chileno ha logrado la aprobación en el Congreso de una multitud de leyes que proveen marcos legales para sancionar la sexualidad, incluyendo la despenalización de la sodomía en 1998. Estas leyes incluyen la de violencia intrafamiliar, la anticoncepción de emergencia, la ley de VIH-SIDA, la ley de divorcio, de filiación, de acoso sexual y de delitos sexuales. A ellas se añaden, las de prensa y censura cinematográfica. Sin duda, todas y cada una de ellas, apuntan a cierto nivel de emancipación de la sexualidad pero también al de su regulación como sostiene Kathya Araujo. La tendencia legislativa en el continente se aboca más a debatir las tecnologías de la sexualidad y su estatuto legal que a los logros concretos a nivel de reconocimiento de una ciudadanía sexual, cultural y de goce para las subjetividades minoritarias.⁵ El debate se plantea en términos de conseguir la derogación de marcos legales homofóbicos (artículo 373 de "ofensas a la moral y las buenas costumbres") y la expansión de las esferas de influencia de la ley en relación con la regulación del deseo (la edad de consentimiento, el contrato matrimonial entre personas del mismo sexo). Este escenario de apertura en un país reconocido en el continente por su conservadurismo en temas de moral pública, pareciera indicar la dirección de un cambio —el aumento de la presencia de sexualidades minoritarias en el espacio público. En contraposición, los textos narrativos publicados durante los 90 y años subsiguientes, presentan un itinerario mucho más problemático y devastador que el de la readecuación del marco legal para regular lo que Ileana Rodríguez ha llamado "las ciudadanías abyectas" (Rodríguez 16) y sus luchas por representación y reconocimiento en el continente.

Chile, la alegría ya viene⁶

1988 marcaba la recuperación de la democracia para Chile después de 17 años de gobierno dictatorial. Eran los años de los acuerdos para sellar la transición con un piso político moral que le diera estabilidad al gobierno y seguridad a los militares. En esos mismos años, Diamela Eltit publicaba su primera novela, *Lumpérica* (1983) y los colectivos *Ayuquelén* y *Las Yeguas del Apocalipsis* convertían a la ciudad en un libro de memorias públicas y privadas. Se debía de escribir el encarcelamiento y el genocidio estatal con los cuerpos lesbianos y homosexuales. Por su parte, Juan Domingo Dávila

en sus exposiciones⁸ agregaba el imaginario homoerótico de la cultura popular a los cuerpos castigados de los homosexuales proletarios y “aindiados” de Lemebel y Casas. Héroe patrios y personajes del cine, la televisión y los comics como Bolívar, Tarzán, cyborgs junto con las caricaturas locales *Verdejo* y *Condorito*. conforman la peculiar iconografía-homo de Dávila en la que la voluntad de travestimiento⁸ se une a la conciencia política de la diferencia. Es así como el se enfrenta a los sistemas normativos de la pintura y la pedagogía cultural heterosexuales. La misma estrategia puede verse en la parodia del cuadro de Valenzuela Puelma *La Perla del Mercader* (1884). En su versión, la transexualidad del esclavo es puesta en primer plano. El ojo del *Roto Chileno*, *Verdejo* insiste en la cosificación del cuerpo aunque esta vez dentro de una economía libidina. Esta economía expande el deseo de la transacción heterosexual original entre el anciano mercader y los postores de la subasta del cuerpo de la joven-perla. Dávila abre otro registro del goce en el que la oferta subjetiva de la cultura se ha ampliado. Ahora estamos frente a un inventario de las fantasías polimorfas de la sexualidad proletaria homosexual.

Esos eran los años de la fundación del MOVILH⁹ (1991) y del programa radial de las minorías lésbicas y homosexuales, *Triángulo Abierto* (1993). Tuvo dos etapas, la de 1993-1995 y la de 1999-2007. La primera fue apoyada por la feminista radio Tierra; la segunda, por la radioemisora comunista Nuevo Mundo. Eran los tiempos de la “clandestinidad del personal estéreo” (Robles 49). En este contexto, dos sombras críticas se proyectan desde la academia y la prensa hacia la esfera letrada, obscureciendo la comparecencia de autores marginales. Los trabajos de Rodrigo Cánovas (1997), y Carlos Olivares (1997), meritorios en su propósito general, no logran sortear las fronteras de las sexualidades normativas al organizar su corpus de trabajo. Olivares, editor del diario *La Epoca* en esos tiempos, inaugura una pseudociudadanía editorial para un grupo de autores que exitosamente publicaban en la década. Su recuento excluye nombres centrales como los de Diamela Eltit y Pedro Lemebel. Por su parte Rodrigo Cánovas define la narrativa de esa misma época como la *novela de la orfandad*. Su criterio marca la convergencia de los vectores históricos, la condición estructural del trauma de la dictadura, el trabajo de recomposición de la pertenencia al tejido social. Su análisis convincente en extremo, sin embargo, deja de lado completamente la sexualidad como eje co-regulador de las relaciones sociales.¹¹

Santiago y Londres

Sostengo que durante el tiempo que media entre 1988 y 1998 reestructura los imaginarios civiles en relación con los horizontes legales, morales y

éticos de la presencia del régimen en el país. La tríada estado-sociedad civil y medios de comunicación produce una rearticulación entre políticas públicas, políticas íntimas y movilización social. La revolución sexual es el signo de la modernización de Chile. Para no hablar de política se habla de sexo utilizando los medios de comunicación. Ya no se trata sólo de la incorporación definitiva de las mujeres como fuerza de trabajo ahora se trata de convertirlas sujetos de derecho. Lo mismo ocurre a las minorías sexuales. La historia de las demandas del siglo XX, había probado que la incorporación de más y más sujetos al juego del capital y sus consumos redundaba en la expansión y reproducción del propio sistema. Entre 1988-1997 los fenómenos que más llaman la atención se relacionan con “superar la pobreza y las diferentes formas de exclusión y discriminación” en el contexto de los logros de los Índices de Satisfacción Humana, IDH¹³ — tercero de los objetivos de los programas de gobierno de la Concertación. Si bien es cierto que éstos logran la reducción de la pobreza a la mitad, las poblaciones indígena y las comunidades sexuales minoritarias (LGBTQ) se encuentran aún en abierta desventaja legal frente a sus pares blancos/heterosexuales. Sin embargo, junto a esta situación de inequidad una paradoja surge. El fenómeno de la exaltación mediática de la vida privada de las personas es el nuevo contrato social ciudadano de derechos. Este ganancia liberal pone de manifiesto la necesidad de una mediación tecnológica para la satisfacción de “placeres culpables.” En todos lados, tal como lo indica la oferta de identificación global ofrecida por los medios de comunicación en sus consumos mediáticos, los homosexuales y lesbianas parecen multiplicarse en los repertorios de los circuitos informativos. Nunca hubo tantos en el Chile de la farándula dispuestos a hablar de sus gustos y preferencias como en esta oleada confesional y de desclosetamiento. Mientras, el silencio secuestra a aquellos que optan por permanecer en las afueras del “negocio del deseo.” Claro está, esta es una condición simbólicamente compensatoria. La supuesta apertura democrática pretende sellar el destino de la modernización por medio de la sobreexposición de estas subjetividades envasadas en los medios portadores de la esfera pública. Observábamos por esos años la aparición de más y más prácticas importadas de emancipación en la esfera sexual culturo-digito-virtual. Programas de televisión norteamericanos casi en su totalidad copan los horarios *prime* en los canales satelitales, marcando modelos de conducta y consumo para las sexualidades minoritarias.¹³ Pareciera ser que la moral del estado chileno moderno necesitara de este gesto concreto en la esfera pública para inaugurar los nuevos tiempos. El gesto marca un cambio en el valor de la cultura sexual en la esfera pública y un cambio en el valor de lo político. La sexualidad aportada por la cultura industrial construye una esfera íntima que opera como pública. En forma paralela los canales y la prensa locales abren sus proyectos para llevar la intimidad al rango de “noticia.” Es la novedad del año hablar de todo, sobretudo de las preferencias,

las mecánicas y las tecnologías de la sexualidad. La tendencia cobra cuerpo en el éxito sin precedentes de audiencia del programa radial *Chacotero Sentimental* de la estación Rock & Pop. Los auditores llaman al programa para contar al aire sus historias íntimas. Sin entrar aquí en el análisis profundo de este fenómeno, solo quisiera consignar lo siguiente: la exaltación mediática de narraciones sobre lo íntimo que escapan a las regulaciones tradicionales estipuladas por la ley no debe ser confundida con la emancipación sexual igualitaria del euronorte. La democratización de una esfera pública garante de ciudadanía sexual está muy lejos de la “forma” distorsionada que asumen el deseo y el goce en el espacio mediático durante esta década.

La Primera Década

Es así como entre 1988 y 1998 vemos publicada una serie de textos narrativos cuya matriz de sentido parece dada por la visibilización de sus personajes. Más preocupados de la anécdota que de la apuesta literaria estos textos en su mayoría bien escritos carecen de la profundidad, que novelas como *Frente a un Hombre Armado* de Mauricio Wacquez (1984) o *Pasión y Muerte del Cura Deusto* de Augusto D’Halmar (1924) habían logrado para compartir la liviandad de una sexualidad marqueteada como pasaporte estético a la normalización. Los textos de Juan Pablo Sutherland, activista y escritor homosexual, por ejemplo, se concentran en la descripción de hitos y guiños para *entendidos*. Sin mayor elaboración literaria sus cuentos levantan la topografía del circuito gay en Santiago en medio del cual – parque, disco o entierro – sus personajes posan sostenidos por una debilitada narración saturada de datos. Sus excursiones en el género futurista son tan desafortunadas como la idea de una juventud homosexual *maudit* alentada por ideas de homologación con sus pares heterosexuales. Unos años antes con *Soy de la Plaza Italia* (1992) Ramón Griffiero, destacado dramaturgo y director de teatro homosexual, incursiona en el género del cuento con siete narraciones ilustradas por Herbert Jonckers en las que sus personajes se corresponden con mitos urbanos. Son narraciones breves, proto – guiones teatrales en las que los diálogos de los personajes muestran claramente el cambio de década – Pinochet ya no encarna el contra quien ni tampoco articulará a la oposición una vez terminados los juicios sobre violaciones cometidas por el estado militar. La poética espacial de sus realizaciones teatrales se traspasa al corazón capitalino entretejido en sus historias con los mitos urbanos presentes en la cultura urbana popular. En cada uno de ellos un habitante anónimo de la ciudad opera como un detonante para una tragedia. Una aseadora evangélica del Teatro Municipal tiene premoniciones sobre crímenes; en otro un taxiboy busca un lugar de reconocimiento entre

sus clientes para acabar como criminal humillado por todos. El mayor mérito del volumen de Griffero es haber logrado una postal del cambio ideológico en el que la sexualidad queda a pesar de todo, también contaminada con los colores del naturalismo y la patología social. Otros tres textos aparecen en esta época también. El primero de ellos *Cuento Aparte* (1994) es un compendio de siete relatos en los que René Arcos Leví explora lo que el crítico Alvaro Bisama llama “la afasia ideológica de la Nueva Narrativa.” La escena de Arcos Leví es la del concertacionismo demócratacristiano cuya languidez moral se traspasa a cada uno de los personajes de sus relatos en medio de lenguajes provistos por los imaginarios del cine norteamericano enfrentados al doble estándar de las culturas católicas latinoamericanas. Obsesionado por el desaliento amoroso contemporáneo de un Yo hiperbólico azulado por el sexo controlado de las primeras campañas públicas del Conasida¹⁴, los personajes de Arcos Leví prefieren la represión tras fachadas anodinas en las que el formato de la teleserie los sostiene capítulo a capítulo en sus guiones.

El segundo de esta serie de relatos gana el entonces prestigioso concurso de cuentos de la revista *Paula* colocando a su autor en la mira de las principales editoriales. *Santa Lucía* (1997) de Pablo Simonetti es una excelente narración en la que la infidelidad del marido descubre en el pulmón del cerro el refugio para los ceremoniales eróticos de los homosexuales encubiertos. La historia está exquisitamente narrada, tanto que casi es imposible percibir la sordidez del secreto. Simonetti¹⁶ repite en este cuento la profecía autocumplida de la condena de la vida del homosexual. Claro está descubriendo que las coordenadas del castigo en este caso provienen de la estricta regulación que la clase social y sus expectativas le imprimen a este tipo de comportamiento. Un tercer texto circula esos años y se constituye en una de las excepciones a la liviandad descriptivista con que la homosexualidad es tratada en los otros relatos. Sin la polémica que rodeó a la publicación de *Angeles Negros*, financiado con fondos fiscales o del éxito de columna social de Simonetti, la novela *El Viudo* de Jorge Ramírez publicada en 1997 pone en escena una sexualidad más compleja, pero que a pesar de su excepcionalidad, no escapa al lugar común del “pathos gay.” La novela es una cruce arriesgada de los géneros del folletín erótico y la novela del realismo social. Estupendamente escrita, a pesar de ello, nos detalla la historia de un cincuentón apegado a su madre, que establece una tormentosa relación amorosa con un joven prostituto. La novela contiene varios modelos de producción de la subjetividad. El primero de ellos, quizá el más básico, es el modelo trabajado años atrás por Marta Brunet en *Amasijo* (1962). La relación madre-hijo aquí es vista no como la de una subjetividad que produce/programa a la otra lingüísticamente sino como un sistema que funciona como fantasma del modelo de la inversión para el prostituto. La novela está llena de referencias al drama

edípico entorno a la relación que sostienen Ernesto, su madre y Patricio. Este último resuelve la sobre/identificación de su amante por medio del recurso travesti con que escenifica en la escena sexual a la madre. A pesar de este exceso psicologicista su centro y he aquí su valor, está en la exploración que Ramírez hace de la relación sadomasoquista entre los amantes. Recorrido que rebasa grandemente el rótulo homosexual para definirla. Ramírez recorre los pactos sexuales entre los personajes notando la fuerte presencia de múltiples y diversos contratos en los encuentros eróticos entre Lita, Sandra, Ernesto y Patricio. El travestismo, la apertura de la pareja amo-esclavo gay a una *dominatrix* lesbiana, varias versiones de sexo oral-*fellatio*, *cunnilinguis*-coprofilia, fetichismo, escopofilia, violencia física, masturbación y otras formas auto y hetero-orientadas de satisfacción se despliegan en la novela mostrando cómo la sexualidad puede ser vista como un sistema móvil de preferencias y acuerdos sobre las mismas en el que el móvil de la satisfacción erótica no pasa exclusivamente por el componente reproductivo. Todas las prácticas descriptas están vinculadas por un lazo sadomasoquista entre los actores de cada encuentro. Dos observaciones merecen ser hechas. La primera, como ya es sabido, la intensificación de este tipo de prácticas guarda estrecha relación con la exaltación para el sujeto de la exigencia contemporánea hecha por la oferta del individualismo capitalista. Frente a esta demanda (oferta) la salida más recurrida es la de quedar a merced del Otro/otro para ser resignificado dentro de una economía subjetiva diferente que permita abstraerse de la posición de la autoexigencia productiva. Otros como prefieren ver este tipo de prácticas como aquellas que facilitan al sujeto sortear la exigencia de estar en control de su medio ambiente como exigencia para la consecución del bien individual. Como quiera que sea lo común a ambas miradas es la noción compartida de que la sexualidad permite también paradójicamente oponerse a la cultura y a sus mandatos. Superficialmente Ramírez juega la carta de la ley del dinero como explicación, pero lo es sólo en tanto, el poder económico de Ernesto media las barreras morales para imponer una dinámica sexual a la que todos los que llegan se someten. Sin embargo, la combinatoria de juegos amorios que aquí se reproducen presentados bajo la estética del porno, especialmente por el realismo de la descripción fragmentada provista por el lente del ojo narrativo, introducen otro elemento para confirmar la tesis anterior: la permisividad desvergonzada y no culposa de los oficientes frente a requerimientos moldeados por la inmediatez del goce. Este es un rasgo de las subjetividades virtuales muy común en las relaciones de los cibernautas en el pornoespacio que la red ofrece a diario. Esta modalidades del erotismo contemporáneo cancelan los clásicos freudianos de regulación y normalización enquistados contrapulsionalmente en los registros judeo-cristianos de la culpa y la vergüenza.

Dos textos del canon homoerótico chileno son citados aquí por Ramírez.

Lugar sin Límites (1966) de José Donoso y *Toda la Luz del Mediodía* (1964) de Mauricio Wacquez. Ramírez construye también, su propia versión urbana del infierno donosiano del Olivo. A diferencia del anterior en la ciudad de la prostitución no hay transacciones sexuales vicarias por sobre la especulación y la negociación de la tierra sino intercambios concretos en los que se juegan las identidades como moneda de cambio frente a la exigencia del goce de cada sujeto. La ciudad permite, al parecer, transar la pulsión en contratos absolutamente subjetivos. Esto último es el eje que ordena la narración y el destino de los personajes. Cada cual responde a las exigencias del otro y a los modos en los que la cultura dicta/permite el goce contemporáneo, en un contrato genérico (la prostitución, el sadomasoquismo, la pornografía, el incesto) que marca para cada uno la exploración de los límites de la propia libertad individual. Pensar en este texto es pensar en los modos diversos y únicos en los que una sexualidad pudiera vivirse colectiva o personalmente haciendo del *El Viudo*, uno de los textos con mayor valor ético de los escritos en la década, comparable sólo a las narrativas de sus pares generacionales Lemebel y Eltit, desde la perspectiva de la indagación en la imaginación, límites y prácticas de una determinada subcultura enfrentada a las regulaciones del liberalismo. La reflexión implícita sobre las parafilias y su efecto en la regulación de los órdenes psíquicos en el contexto de la post dictadura, sin duda, es algo sobre lo cual volver al momento de releer esta novela.

Si nos detenemos en este apretado panorama, y miramos los textos comentados hasta ahora, en todos ellos advertiremos cómo la figura del homosexual, a pesar de todo, sigue rozando la del paria. Quizá sea el texto de Ramírez, el que con mejor suerte narrativa enfrenta el desafío planteado por la sexualidad humana a la literatura. Tanto los textos de Griffero, como los de Arcos Leví, Sutherland y Simonetti, pero en particular los dos últimos se quedan en la exposición de narrativas ya mediadas en los discursos públicos por los guiones de la asimilación mediática y tecnológica. La homosexualidad en ellos no rebasa el continente normalizador que su reclamo de aceptación ve en el índice emancipatorio, entendido como un simple mandato de reconocimiento ante el espejo biográfico de las narrativas de mercado. Hablar del nuevo estatuto civil para la sexualidad disidente en estos textos, no es desafiar la exclusión inscrita en el individuo abstracto de la democracia liberal, sino por el contrario, confirmar el acuerdo tácito de su condena como especie, en tanto, su transgresión lo es no sólo del marco regulador de la ley sino de los propios modos de producir al sujeto al interior de narrativas humanistas heterosexuales, acentuadas por las restricciones morales encarnadas en la piedad y la vergüenza. Una sexualidad como la de Ramírez en la que el derecho a la promiscuidad o la reivindicación de otras experiencias de libertinaje sexual interrogan, desde un ética individual, los límites de los sistemas de regulación contrapulsional que la moral del

mercado/estado insiste en potenciar para las subjetividades sexuales minoritarias incluso, para los de la propia heterosexualidad.

El ciudadano Lemebel

En estos primeros diez años otros dos textos del mismo autor, el volumen de crónica urbana *La Esquina es mi Corazón* (1995) de Pedro Lemebel y el compendio de crónicas *Loco Afán. Crónicas de Sidario* (1996) impactan grandemente la escena local e internacional. Habiendo circulado la mayoría de ellas entre los años 1991-1993 como crónicas publicadas en la desaparecida revista *Página Abierta*, son posteriormente recopiladas por su autor en estos dos libros. En el primero de ellos *La Esquina es mi Corazón*, Lemebel dibuja con el taconear memorioso de un narrador singular *La Loca*, los circuitos del deseo en la ciudad. Este erotógrafo urbano, alterego proletario capitalino de la provinciana *Manuela donosiana*, construye una etnografía del deseo marginal sobre un telón de cambios en el tejido social producto de la represión política ejercida durante el régimen militar y de su continuidad en las políticas económicas de los gobiernos de la Concertación. La ciudad de Lemebel es vista como el escenario natural para la consumación de las fantasías y urgencias eróticas de sus habitantes, pero también como mortaja inesperada para aquellos que buscan compensaciones monetarias a cambio del sexo rápido en espacios clandestinos. No queda exenta la ciudad fantaseada por el cronista de la memoria de los desaparecidos o los perseguidos. En suma, un libro fundamental para entender cómo el espacio urbano acoge una ontología de la sexualidad que va mucho más allá de sus fronteras biológicas.

El segundo libro de este autor *Loco Afán. Crónicas de Sidario* nos presenta una singular perspectiva sobre la memoria histórica, la memoria privada, la memoria de una comunidad y las memorias dispersas en el pasado y el futuro. Magistralmente escrito (la crónica sobre *Loba Lamar* es uno de los mejores textos de la prosa y la lírica latinoamericanas) Lemebel trabaja aquí con los materiales yuxtapuestos de la pandemia del sida y el colapso de la Unidad Popular.¹⁷ En la crónica que abre el libro “La Noche de los Visonos”, Lemebel advierte del fratricidio de la guerra civil del 73 al tiempo que el mismo año sirve de epitafio inicial para el advenimiento de las numerosas infecciones por VIH de la década siguiente. De este modo hermanadas por la mortandad las comunidades homosexuales y de izquierda celebran la última noche de libertad para los cuerpos en un “año nuevo” que se cierne macabro sobre las dos décadas siguientes en el país. A lo largo de la siguiente veintena de textos de esta arpillera memorial remendada con las hilachas de los moribundos Lemebel repasa las estrategias de resistencia de los homosexuales, de los seropositivos y de los terminales dentro de la

lógica perversa de fantasear un futuro sin futuro para las comunidades travestis. Estando las minorías no heterosexuales no sujetas a la biopolítica reproductiva entregadas a su *Loco Afán*, Lemebel destaca la inconsistencia del ordenamiento de la subcultura proletaria homosexual a los consensos que la normalización mercantil ha dictado para sus pares de *clases medias burguesas* empeñados en asimilarse al mandato de la protección del futuro del capital y el estado concertacionista. Si bien sus crónicas encarnan la negatividad de la modernidad, la amenaza que la propia norma social construye alrededor suyo como signo frontera de su fragilidad, es también un reclamo por la compasión política para los sujetos minoritarios. Esto es plantear un alegato ético que reclama por reemplazar el “bien social”, por lo que es “mejor” para cada individuo en la medida de lo posible (Edelman 16). De este modo, la ilusión sentimental de la familia burguesa y su continuidad como especie encuentran en la *parodia camp* del embarazo o la maternidad travestis de personajes como *Loba Lamar o Berenice* la desnaturalización de sus afanes culturales de futuro. En estas crónicas por medio del énfasis en el artificio lingüístico, además de proponernos una sensibilidad que pone a la vida del lado del arte, Lemebel esgrime un reclamo insistente por la imperiosa necesidad ética de ver en toda su humanidad al que tenemos delante. El grotesco descomunal y barroco es el estilete que cava en los intersticios de su *lengua marucha* para afirmar que aquellos a los que nos enfrentamos en la lectura no son monstruos o depravados sino sujetos que fantasean con las posibilidades imposibles de su normalización. Normalización que engendra en sus cuerpos la deformidad de su incapacidad de pertenencia tal y como están dadas las cosas hoy en el Occidente liberal heterosexual.

Los siguientes 10 años

La detención de Pinochet en Londres marca el segundo tiempo para la transición en Chile. Con su salida de la escena política los partidos políticos de la coalición gobernante se ven obligados a abandonar la cohesión que los derechos humanos le había provisto estos años de gobierno. Otros temas, como la educación, la salud y los combustibles copan las agendas, mientras minan la fuerza del conglomerado frente a una implacable derecha fiscalizadora. En un contexto de mayor apertura y con logros concretos en el terreno legal las minorías sexuales también entran a una nueva etapa.¹⁸

Un volumen interesante es el del escritor Carlos Iturra, con *Paisaje Masculino* (1998), con el que este narrador consolida su fama en el género del cuento.¹⁹ En trece relatos Iturra dentro de los estrictos márgenes dictados por el realismo burgués nos presenta una mirada sobre la homosexualidad en Chile, los tabúes asociados a ella y las reacciones

sociales en tiempos de SIDA. Los cuentos de impecable factura abordan con diferentes perspectivas la tardía intervención estatal en términos de ayuda sanitaria frente a la epidemia, mientras los portadores VIH+ se refugian en la negación o en la compulsiva revancha de contagiar a otros. Posteriormente Iturra explorará más o menos los mismos tópicos en el volumen de cuentos *Pretérito Presente* (2005). El contexto siempre es el mismo, el del terror a la condena y al ostracismo social heterosexual. En esta misma línea de reflexión podemos situar a la novela de Alejandro Montes *Autoflagelación* (2005), una bizarra lectura de la bisexualidad adolescente y otros textos de menor densidad narrativa-cultural como *Primeros Juegos* (1998) de Víctor Bórquez, *Vidas Vulnerables* (1999) de Pablo Simonetti, *Fiesta de Hombres Solos* (2000) de Víctor Bórquez, *Las Heridas de la Carne* (2001) de Francisco Ibáñez-Carrasco, *Después de Todo* (2001) de René Arcos Levi, *Santo Roto* (2001) de Juan Pablo Sutherland, *Madre que estás en los Cielos* (2004) de Pablo Simonetti, *El filo de tu Piel* (2006) de José Ignacio Valenzuela, *Quédate por la Noche* de Nelson Acevedo (2006), y las últimas, *La Razón de los Amantes* (2007) de Simonetti y *El amante sin Rostro* (2008) de Jorge Marchant Lazcano, además de *La Trilogía de las Fiestas* (2008) de Rodrigo Muñoz.

Los volúmenes de crónicas de Lemebel, *De Perlas y Cicatrices. Crónicas Radiales* (1998), *Zanjón de la Aguada* (2003), *Adiós Mariquita Linda*, (2004) y el último publicado, *Serenata Cafiola* (2008) repiten el mismo pacto de la mirada del cronista con la amnesia estratégica de la memoria pública –estatal o mercantil-medfática. Lemebel se avoca a reconstruirlas. O más bien a documentarlas en la ficción del recuerdo borronado por su contar poético. A partir de las pequeñas historias parias de sus protagonistas Lemebel autógrafo rehila una etnografía erótica del margen proletario homosexual, (*Mariquita*); o zurce un libelo acusatorio, a la vez que memorial de los excesos cometidos por el régimen militar contra la disidencia política anti pinochetista (*De Perlas*). Ya no se trata solo de la memoria del genocidio estatal de la dictadura o de los estragos de la pandemia del SIDA – aunque siguen presente como fondo traumático estructural del tejido social-articulados en sus primeros dos libros, sino de desenmascarar a colaboradores y ayudistas de la dictadura presentes en los medios (*De Perlas*). Producir biografías de mujeres, las que en el ojo coliza de su narración se vuelven actores fundamentales de la pequeña lucha del realismo socialista travestido (*Zanjón*) o contar historias dentro de la radio a través del pacto melodramático de boleros y rancheras, del tono festivo de salsas y cumbias, en la función pedagógica del rock social, en un trabajo que él define en una entrevista del diario *La Nación*²⁰ del siguiente modo:

Cafiola significa cafiiche, taxi boy, pero no existe el femenino, la mujer «caficha», puede ser la regenta, la cabrona, pero no es lo mismo que un

cafiote. Es una palabra porteña que quise instalar. Cafiola parece el nombre de una novela; de hecho, el libro se iba a llamar «Cafiola y otros ritmos», como programa de radio. Una vez un amigo estaba con un tipo, y yo le dije: «Bueno, ¿te lo cogiste?», y me dijo: «No, le puse música no más». Y eso significa hablarle, nunca llegar al lecho, esa es la génesis del libro, versear, cuentear.

Entre los textos más importantes para comentar a continuación están las novelas *Tengo Miedo Torero* de Lemebel, *Epifanía de una Sombra* (2000) de Wacquez, *Corazón tan Puto* (1998) de Nelsón Pedreros y la excepcional *Sangre como la Mía* (2006) de Jorge Marchant Lazcano.

Su novela *Tengo miedo Torero* (2001) mal recibida por la crítica que encasilló al autor como cronista no permitiéndole franquear el espacio reservado para la “verdadera literatura,” es sin duda una de las pocas en su género en Chile. Es una novela hecha de lecturas provistas por los géneros femeninos del folletín amoroso y la novela sentimental combinada con la acumulación de una cultura radial y cinéfila marcada por el acento popular del escucha proletario. Un pastiche que como un campo magnético atrae y repele formas de expresión consagradas que se volatilizan al entrar en contacto con el bordado paródico de la escritura de Lemebel. Hablo aquí también del gesto de la novela histórica, del ya mencionado bildungsroman travestido por *La Loca del Frente* que aprende a esconder armas, llevar mensajes, ser correo humano para finalmente hacerse un “hombre compañero” comprometido con el proyecto histórico que lo interpela: acabar con el dictador. Y también el de la clave rosa sentimental con la que el pacto melodramático es el que acogerá el destino trágico del amor homosexual entre Carlos y *La Loca*. Cada cuadro de la narración, cada enfoque instalado en el espacio de la evocación interior, en los que la realidad se vuelve imaginadamente su doble, expone dimensiones íntimas de una experiencia particular. Una homotextualidad que se yergue desde el plano referencial en alegoría perversa, en máquina de lectura, intérprete cierto de las claves que ligán el erotismo, la sexualidad y el poder en la contemporaneidad, tal y como podemos leer no sólo en Lemebel sino también en dos autores mayores de la novela chilena contemporánea, José Donoso y Mauricio Wacquez. Es inolvidable el pasaje en que *La Loca del Frente* delira y se vuelve escucha de su propio relato al describir el narrador la fellatio/ amantamiento, falo/ madre en la que se envuelve, nos envuelve. Nuevamente la mortaja y esta vez cifrada en la boca que acoge cripta amorosa el cuerpo que va a *desaparecer*:

Ahí se le entregaba borracho como una puta de puerto, para que las yemas legañas de su mirar le acariciaran a la distancia, en ese tacto de ojos, en ese aliento de ojos vaporizando el beso intangible en sus tetillas quiltras, violáceas, húmedas, bajo la transparencia camisera del algodón. Ahí, a

sólo un metro, podía verlo abierto de piernas, macizo en la estilizada corcova de la ingle arrojándole su muñón quinceañero, ofreciéndole ese saurio enguantado por la mezclilla áspera que enfundaba sus muslos atléticos. Parece un dios indio, arrullado por las palmas de la selva, pensó. Un guerrero soñador que se da un descanso en el combate, una tentación inevitable para una loca sedienta de sexo tierno como ella, hipnotizada, enloquecida. (106)

Curiosamente tres de las cuatro novelas faltantes serán producidas en el extranjero y narradas desde el exilio de sus protagonistas.²¹ La primera de ellas es la monumental *Epifanía de una Sombra* (2000) de Mauricio Wacquez, injustamente relegado de la consagración canónica en Chile; en segundo lugar, el texto narrativo de José Ignacio Valenzuela *El Filo de tu Piel* (2006), publicado en Puerto Rico, en la que se abordan las experiencias de portadores seropositivos; y la novela de Jorge Marchant Lazcano, *Sangre como la Mía* (2006) escrita entre Nueva York y Santiago. La cuarta y última es la singular novelita *Corazón tan Puto* del novel Martín Güiraldes, (Nelson Pedreros) con la que se renueva el panorama del realismo social en clave sexual barriobajera.

Las dos novelas elegidas para comentar aquí presentan algunas similitudes. Ambos textos fueron compuestos por sus autores en condiciones de exilio voluntario, si es que alguno puede serlo, y ambas novelas presentan a la memoria como uno de sus ejes narrativos anclada la sexualidad de los protagonistas a la intriga narrativa.

Epifanía de una Sombra es una novela sin parangón en la literatura chilena. Homologable sólo a *El Obsceno Pájaro de la Noche* (1970) de José Donoso o a *Patas de Perro* (1965) de Carlos Droguett, por su densidad conceptual, la novela de Wacquez entra en la línea de lo que podría llamarse una novela de contemplación o una disquisición filosófica sobre la metafísica del tiempo y del espacio. Ambas categorías están de una u otra manera relacionadas con el sujeto en tanto la segunda existe sólo en cuánto es posible tener conciencia del espacio – sé que existe en tanto lo ocupo- y la primera en tanto el sujeto es capaz de percibirse en el tiempo sólo en relación el movimiento de éste. En ella, además, no sólo los órdenes naturales atraen la reflexión del narrador, cuyo punto cúlmine es alcanzada por Wacquez con sus refinados estudios sobre el paisaje, sino también la fijación del autor con la potencia de la mirada divina como fuerza sobredeterminante de los destinos humanos expresada a través del estudio de las pasiones. Tratado del alma, no menos que del cuerpo y la naturaleza, esta novela y su obra entera se nos ofrecen como uno de los más sofisticados textos producidos en la narrativa chilena del siglo XX, el que paradójicamente se cierra con la publicación póstuma de *Epifanía*. Menos abstracto que el Adolfo Couve de *El Balneario* (1993) o *La Comedia del Arte* (1995) Wacquez mantiene con él, sin embargo, una coloratura melancólica similar en el tratamiento

estilístico de la memoria y la enfermedad entendidas como experiencias obligadas de la autorreflexión moderna, tal como antes se dieron en la literatura francesa o en el romanticismo decimonónico. La novela desarrolla una historia en las que las pasiones sexuales de sus protagonistas se entremezclan con la rigurosa estratificación social en Chile donde en la que por medio de las intrigas entre los protagonistas vislumbramos su teoría sobre la construcción y reproducción del poder. La sexualidad aparece en Wacquez como una de las expresiones de la humanidad de la especie y también de su animalidad. Sus personajes actúan dentro de los protocolos sociales alentados por sus impulsos eróticos inmersos en los escenarios del Valle Central. Cada cuerpo es un paisaje para una pasión. El amor por los hombres, el deseo incestuoso, el ardor urgente de la masturbación, violaciones consentidas por secretos de familia y una subjetividad que explora pactos sadomasoquistas como medio de aprendizaje conforman el horizonte que esta novela despliega en las postrimerías del siglo XX. Notable es el trabajo sobre el poder sexual en el mito bíblico que encarna el personaje del *Bautista*.

La novela de Marchant Lazcano, por su parte, trabaja también la clave de la memoria, pero la suya está indisolublemente ligada al SIDA. Narrada a dos voces y en dos épocas históricas separadas por una generación Marchant construye una de las mejores novelas de la primera década del siglo XXI. No sólo presenta una excelente factura técnica en la que sus años como guionista de televisión son un valor agregado, sino que explora cómo la sociedad chilena reacciona y ha reaccionado frente al tema de la sexualidad minoritaria. La novela recorre la compleja trama de relaciones intersubjetivas asociadas con la sexualidad, el género, y la clase social. Marchant Lazcano a propósito de la anécdota que junta a Daniel y Jaime, propone una mirada devastadora sobre los mecanismos endogámicos por los que circula el poder en Chile cuando estos son confrontados desde una sexualidad no hegemónica y suponen una amenaza para la estabilidad jerárquica de las clases privilegiadas. Marchant repasa en la ciudad lo que en el fundo hiciera Donoso con la familia Azcoitía. Si en *El Obsceno Boy* encarnaba a la anomalía con el rango científico de fenómeno y el engendro acusaba la maldición de la mezcla interclases en Marchant Lazcano la homosexualidad se sitúa en la condena seropositiva en medio de la dictadura para reeditar la condena de la especie con ese odioso encono de las clases sociales chilenas aterradas ante el futuro de que uno de los suyos “baje de pelo” sea por una alianza espúrea con la mujer de servicio como por el mal paso del sobrino de Julián con “el hijo de la nana.” Nos pregunta M. Lazcano, cómo reproducir *la casta chilena*, el poder político que atesora y el futuro económico que sus ceremonias nupciales consagran, si aquellos elegidos no se pliegan a las pautas de selección y apareamiento que las burguesías católicas orquestan en las misas dominicales de las parroquias de El Golf,

Vitacura o la Dehesa. La novela se construye alrededor del “closet” de los iniciados para los que el sida se ha transformado en el nuevo secreto de familia. Marchant muestra lo imposible de detener el avance del deseo tanto como implacable se ha vuelto una enfermedad para la que su falta de tratamiento enciende nuevamente los fuegos de la condena social. Y no sólo es tronchar la vida con la certidumbre de una “muerte oportunista” sino también el vivir como extranjero en el propio cuerpo y de los besos. Un exilio que se vive como paria también al interior de las comunidades homosexuales donde ser seropositivo se reconoce en la redistribución de grasa producida por los retrovirales para los afortunados que pueden costear los tratamientos. De las estaciones de la homosexualidad nos habla esta novela que descubre también en los imaginarios del cine de hollywood la presencia constante de una hagiografía de “freaks” y desviados cuyas identidades camufladas han servido de pedagogía iluminadora para los espectadores “entendidos” de los viejos cines de Santiago. Aprender a ser un homosexual como una vida posible leyendo los códigos cifrados dejados por las generaciones precedentes es quizás el regalo de este texto.

Hemos recorrido someramente la producción narrativa de temática bi-homosexual en la literatura chilena de los últimos 25 años. En él las apuestas narrativas hablan de sujetos presentes de múltiples maneras. Si bien todavía la constante es representar a estas subjetividades como “abyectas” no es menos cierto que han ido ganando paulatinamente carta de ciudadanía.

Debemos, sin embargo, dejar constancia de que existe una interesante producción en la poesía y el teatro chilenos que aborda no sólo las subjetividades masculinas sexuales minoritarias sino también las femeninas. Quizá en algún momento en el futuro pueda conjurarse el miedo de Mistral de vivir en el propio cuerpo para no tener que llegar a decir que *en país sin nombre/me voy a morir*.

NOTAS

- 1 Una antología similar se publica en la Revista *Nomadías* 5 del Programa de Género de la Universidad de Chile, CEGECAL el 2001. Este trabajo presentado como *Antología Queer* es co-editado por la poeta Carmen Berenguer y el crítico Fernando Blanco. En ella el énfasis está puesto en aquellos textos literarios que no sólo presentan o tematizan sexualidades disidentes sino que tensionan las relaciones y los significados al interior de una cultura regulada por la subjetividad heterosexual.
- 2 Un libro de idéntico formato es publicado por la editorial Sudamericana en Buenos Aires un año antes. El compilador es el escritor Leopoldo Brizuela y la antología lleva por nombre *Historia de un Deseo*.
- 3 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- 4
- 5 En otra línea de análisis la instalación de los Programas de Estudios de Género y Sexualidad –el primero en la Universidad de Chile dirigido por la antropóloga Sonia Montecino seguido por el de Kemy Oyarzún en el 95’ y la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y FLACSO, posteriormente- ha contribuido también a formar un polo de irradiación para el debate académico de las discusiones teóricas sobre sexualidad. Polo que ha terminado por permear la sensibilidad política del gobierno local y globalmente (como ocurrió con la participación de Chile en la cuarta Conferencia sobre la Mujer realizada en Beijing en ese mismo año). Dichos centros además han logrado establecer alianzas estratégicas continentales por medio de sus agendas de investigación con centros similares en México, Ecuador, Perú, Brasil, Argentina, tanto en el plano del debate teórico como en el de las demandas de los movimientos sociales de base.
- 6 Se refiere a la canción que introducía la propaganda publicitaria de la Opción del No previamente al Plebiscito de 1988 con el que el Régimen Militar pierde sus opciones de continuidad.
- 7 Financiado con dineros fiscales aportados por el concurso FONDART, esta obra en la que aparecía el libertador travestido, con senos y genitales descubiertos, el puño en una pose insultante, generó no sólo una polémica moral en el país sino el reclamo de las cancillerías del Ecuador, Colombia y Venezuela.
- 8 Para ahondar la discusión ver la polémica Masiello-Richard en *El Arte de la Transición* (2001) y la *Revista de Crítica Cultural* en el dossier especial de 1994.
- 9 Movimiento de Liberación Homosexual, fundado en junio de 1991. Para una revisión histórico del movimiento homosexual en Chile, revisar el ensayo *Bandera Hueca* de Víctor Hugo Robles, Santiago: Editorial Arcis/Cuarto Propio, 2008.
- 10
- 11 Curiosa ausencia frente al interés que en 2003 Cánovas pone en la reflexión sobre la alegoría del prostíbulo en el ensayo *Sexualidad y Cultura en la Novela Hispanoamericana*.
- 12 Es un índice elaborado por el PNUD en 1990 como una alternativa a la

clasificación del progreso de los países sólo en base al nivel de su Producto Interno Bruto. El IDH da cuenta del nivel de capacidades humanas acumuladas en el tiempo. Por ello es un mecanismo muy útil para monitorear la evolución del desarrollo humano en períodos largos de tiempo, no para medir las variaciones coyunturales como ocurre con el caso chileno respecto de sus éxitos económicos.

13 Los shows *Will & Grace*, *The Real World*, *Melrose Place*, *Beverly Hills 90210*, *General Hospital*, *ER*, *Buffy the Vampire*, *Dawson's Creek* exhibidos en Chile a través de las señales HBO y Sony, presentaron personajes homosexuales, bisexuales y lesbianos durante los años 90' a la teleaudiencia chilena.

14 Comisión Nacional del Sida fundada en 1990.

15 Homosexual el mismo e ícono homosexual de la cultura oficial en Chile es uno de los actuales súper ventas de la narrativa chilena.

16 Los versos del epígrafe del texto nos advierten de esta relación y también del ingreso del extranjero (cuerpo, capital, intervención militar). "La plaga nos llegó como una nueva/ forma de colonización por el contagio./ Reemplazó nuestras plumas por jeringas, y el sol/ por la gota congelada de la luna en el sidario" (p. 3)

17 La derogación de la sodomía como delito en 1998 es el principal logro legal.

18 Su siguiente trabajo *Pretérito Presente* (2005) obtendrá el reconocimiento de la crítica y el premio Municipal de Literatura.

19 Publicado el domingo 7 de Septiembre en Cultura. La Nación Domingo. Entrevista de Javier García.

20 La misma cosa ocurre con la incomparable *Epifanía de una Sombra*, escrita en España y publicada post mortem en Chile en el 2000 de Mauricio Wacquez.

OBRAS CITADAS

(Eds.) Araujo, Kathya y Prieto Mercedes. *Estudios sobre Sexualidad en América Latina*. Editorial Flasco Ecuador: Quito, 2008.

(Ed.) Blanco, Fernando. *Reinas de Otro Cielo. Modernidad y Autoritarismo en la Obra de Pedro Lemebel*. Editorial Lom: Santiago de Chile, 2004.

Cánovas, Rodrigo. *Novela Chilena Nuevas Generaciones. El abordaje de los Huérfanos*. Santiago: Ediciones Universidad Católica, 1997.

_____. *Sexualidad y Cultura en la Novela Hispanoamericana*. Santiago de Chile: Lom, 2003.

Edelman, Lee. *No Future. Queer Theory and the Death Drive*. Durham and London: Duke University Press, 2004.

(Eds) Rodríguez Ileana y Zsurmuk, *Mónica. Memoria y Ciudadanía*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2008.

Robles, Víctor Hugo. *Bandera Hueca. Historia del Movimiento Homosexual en Chile*. Editorial Arcis/Lom: Santiago de Chile, 2008.

Sutherland, Juan Pablo. *A Corazón Abierto. Geografía literaria de la Homosexualidad en Chile*. Sudamericana: Santiago de Chile, 2002.